

CAPÍTULO 5

Desigualdad y desorden social

El capítulo anterior mostró el funcionamiento de tres tipos de sociedades capitalistas. El equilibrio general en cada sociedad fue presentada. En particular, se mostró que «equilibrio general» no quiere decir que todos los individuos de la sociedad están satisfechos y felices con la solución de producción y distribución. Todos quisieran más bienes, pero dada las restricciones individuales y agregadas, ningún actor tiene el poder y el deseo para cambiar la solución. Equilibrio significa una situación que no puede ser modificada endógenamente.

La pregunta ahora es, ¿equilibrio general implica orden social?, ¿podría existir equilibrio general con desorden social? En este libro, el término *desorden social* se referirá al comportamiento de la gente que va en contra de las reglas del contexto institucional.

¿Cuál es el origen del desorden social? Como ya sabemos, para dar respuesta a este tipo de preguntas se necesita una teoría; y hacer teoría implica establecer un conjunto de supuestos primarios. En este capítulo pues, se presentará una teoría que intente explicar el desorden social.

El primer paso es suponer que el orden social es un bien, que la gente prefiere tenerlo a no tenerlo, o que prefiere un grado de mayor orden social a otro de menor grado; además, que el orden social es un *bien público*, un bien que solo se puede producir y consumir de manera colectiva. No podemos entrar a una bodega o supermercado y comprar unas cuantas unidades de orden social para consumirlo en

casa. O todos disfrutamos del orden social o todos nos perjudicamos del desorden social.

¿Cuál es el origen del desorden social? ¿Cuál es el papel de la desigualdad? Una teoría que intenta explicar ese papel se presenta a continuación.

LA TEORÍA DE LA TOLERANCIA LIMITADA A LA DESIGUALDAD

Así como los individuos prefieren un ingreso mayor a otro menor, supondremos que también prefieren un ingreso relativo mayor —relativo al ingreso promedio de su grupo de referencia— a otro menor. Los individuos prefieren tener una posición económica mayor a otra menor. La desigualdad entra en sus preferencias.

Los individuos aceptarán la desigualdad dentro del grupo social pero solo hasta cierto grado; la desigualdad que va más allá les causará resentimiento o envidia y será considerada inaceptable. Supondremos que la gente tiene una tolerancia limitada a la desigualdad. Las reacciones ante una desigualdad considerada excesiva implicarán romper alguna regla del contexto institucional, pues los individuos considerarán que el sistema es injusto. Si esas reacciones involucran a un individuo solamente, o a pocos, la desigualdad no tendrá mayor consecuencia para el funcionamiento de la sociedad —el individuo tendrá un problema—; pero, si involucra a muchos individuos se generará el desorden social —la sociedad tendrá ahora un problema—. Cuanto mayor sea el número de individuos que consideren que la desigualdad que existe en la sociedad es inaceptable, mayor será el grado de desorden social.

Se puede entonces construir una teoría sobre el comportamiento de los individuos frente a la desigualdad en la sociedad. La proposición alfa, que intenta ser válida para todo tipo de sociedad capitalista —épilon, omega o sigma—, se puede expresar así:

Existe en los individuos una tolerancia limitada a la desigualdad en la sociedad. Los individuos tienen un sentido de justicia distributiva que los lleva a tener umbrales de tolerancia a la desigualdad que existe en la sociedad. Si la desigualdad sobrepasa esos umbrales, los individuos reaccionarán y buscarán restaurar la desigualdad a los niveles tolerables.

Para obtener un modelo de esta teoría, introduciremos el supuesto auxiliar de que los individuos tienen distintos umbrales de tolerancia. Para un grado de desigualdad dado habrá un conjunto de situaciones sobre tolerancia. La primera es que todos toleran esta desigualdad. Este es el caso de una desigualdad que es socialmente tolerada. Esta desigualdad no causa desorden social.

La segunda es que un grupo la tolera pero otro grupo no lo hace. Esta desigualdad no es socialmente tolerada y dará origen al desorden social. Si el grado de desigualdad aumenta, el grupo que no toleraba la desigualdad anterior tampoco tolerará esta que es mayor; pero del grupo que toleraba la desigualdad anterior, habrá ahora una parte que no tolere la desigualdad actual. Por lo tanto, habrá más gente que no tolera un mayor grado de desigualdad. La consecuencia para el agregado es que a mayor desigualdad le corresponderá un mayor grado de desorden social.

La proposición beta que se deriva de este modelo dice que deberíamos observar en la realidad una relación positiva entre desigualdad y desorden social: a mayor grado de desigualdad le deberá corresponder un mayor grado de desorden social. Pero esta relación es apenas una de varias que se dan en la sociedad y para encontrar la situación de equilibrio en el grado de desorden social se necesita introducir las acciones de otros grupos sociales y luego las interacciones entre ellos. Ciertamente, el comportamiento del gobierno frente al desorden social será el otro componente de la teoría.

COMPORTAMIENTO DE LOS GOBIERNOS

¿Cuál es el papel que juegan los gobiernos en el proceso económico? Un papel importante es la provisión de bienes públicos.

Existen bienes que no pueden ser producidos y consumidos de manera privada. No todos los bienes de la sociedad son bienes privados. También existen los llamados *bienes públicos*, cuyo consumo es colectivo, pues nadie puede ser excluido de su consumo. La producción de bienes públicos enfrenta varios tipos de limitaciones. Los bienes públicos relevantes para nuestro análisis son indivisibles (como las carreteras). No podrían, por lo tanto, ser producidos por las firmas porque no podrían ser vendidos en el mercado a consumidores individuales. Tampoco pueden ser producidos por los propios consumidores a través de una acción colectiva debido al llamado *problema olsoniano*, en honor al economista Mancur Olson, quien fue el primero en formularlo. El problema es el siguiente: si la gente actúa guiada por su interés personal, un bien público no será producido. Nadie deseará pagar los costos de producir un bien público, pues una vez producido, todos se beneficiarán, tanto los que pagaron como los que no pagaron. El incentivo individual es entonces no pagar, esperando que los otros lo hagan. Como todos los individuos actuarán de la misma manera, en el agregado nadie estará dispuesto a pagar y el bien público no se podrá producir.

Frente a estas dificultades de la iniciativa privada, quedan solo los gobiernos como los actores sociales que pueden producir los bienes públicos. Ellos pueden utilizar mecanismos coactivos para producirlos, como la aplicación de impuestos.

El dinero es un ejemplo de bien público. Cada uno no podría producir su propio dinero. El dinero tiene que ser producido y utilizado colectivamente. Una vez que un bien se convierte en dinero, en medio de pago, nadie puede ser excluido de utilizarlo y beneficiarse de su uso. Los servicios que presta la infraestructura social también son bienes públicos. Cada uno no podría producir su propia carretera. Las carreteras son de uso colectivo. Los pobladores de una región que se beneficiarán

de la carretera tampoco tendrán incentivos para producirla por una acción colectiva. El gobierno local o regional resolverá este problema olsoniano coaccionando a los pobladores el pago del costo de la carretera mediante la aplicación de un impuesto.

En suma, allí donde se necesita producir un bien público que la acción colectiva de los individuos no puede producirlo, se necesita la acción del gobierno. Cuando la acción colectiva falla, cuando la racionalidad individual falla, el bien público se puede producir de manera coercitiva. Eso necesita de la autoridad del Estado. En realidad, son los bienes públicos los que contribuyen a que la sociedad exista, a que la sociedad sea más que la suma de los individuos, pues induce a la existencia del Estado y de los gobiernos. Con la provisión de un bien público todos los miembros de la sociedad estarán bien; si este bien no existe, todos estarán mal.

La racionalidad de los gobiernos

El orden social es un bien público, como se dijo anteriormente. Como no hay incentivos privados para producirlo por medio de la acción colectiva, el gobierno es el actor social que puede producirlo. El desorden social implica que las reglas de juego no se respetan. La consecuencia del desorden social es, por lo tanto, que la sociedad funcionará con mayor violencia, ilegalidad, corrupción, desconfianza, burocratismo. Los costos de funcionar como sociedad, de vivir la vida cotidiana, llamado los costos de transacción, serán más altos para todos.

El desorden social también desafiará la legitimidad del sistema político y económico, así como también la del gobierno. Llevará, por lo tanto, a la inestabilidad política. Los gobiernos pueden o acabar su periodo antes de tiempo o perder las próximas elecciones. El sistema democrático puede interrumpirse. Frente a estos posibles efectos sobre el proceso político, los gobiernos tendrán incentivos para evitar el desorden social o controlarlo.

¿Cuál es el origen del desorden social? Según la teoría de la tolerancia limitada a la desigualdad, mostrada anteriormente, la excesiva desigualdad causará desorden social. Este es el costo social de la desigualdad. Luego, los gobiernos tendrán que actuar también sobre la desigualdad para controlar el desorden social. Los instrumentos a utilizar para controlar el desorden social incluyen la represión y la redistribución. Necesitamos una teoría de los gobiernos para explicar su comportamiento frente a la desigualdad.

El supuesto de que las acciones del gobierno se determinan exógenamente es muy común en la literatura económica. Los gobiernos, en esta literatura, pueden elegir libremente las variables nominales, así como los componentes del presupuesto público, tales como nivel de gasto, impuesto, déficit endeudamiento. Este supuesto está tan extendido en la literatura económica que es usual encontrar trabajos que concluyen con recomendaciones sobre la política que deben seguir los gobiernos, en donde los autores les dicen a los gobiernos lo que debe hacer, como si los gobiernos no tuvieran sus propios intereses.

Recientemente, ha aparecido dentro de la escuela neoclásica una nueva teoría —llamada la «elección pública»— que considera que los gobiernos tienen sus propias motivaciones y que su comportamiento está entonces endógenamente determinado. La idea básica es que la gente que está en el gobierno es como cualquier otra gente, busca sus propios intereses. Las acciones de los políticos podrían también estar guiadas por otros intereses, como su ideología, o el altruismo; pero se supone que estos factores no son los más importantes. El supuesto de esta teoría es que la motivación esencial de los individuos que participan en el gobierno está en la búsqueda del propio interés y que cualquier efecto positivo sobre el bienestar social aparecerá como un subproducto de esta racionalidad.

Aquí adoptaremos este supuesto y agregaremos otros para presentar una teoría de los gobiernos. La teoría se puede expresar como una proposición alfa, que intenta ser válida en toda sociedad, así:

Racionalidad de los políticos. Los políticos buscan dos objetivos que están jerarquizados: primero la permanencia en la clase política y luego la maximización del ingreso.

Esta teoría establece la existencia de una clase social: la clase política. Al igual que en la racionalidad de los capitalistas, los políticos buscan mantenerse en la clase política y buscan maximizar sus ingresos, donde el primer objetivo tiene prioridad. El objetivo de maximizar los ingresos no puede comprometer la posición social, es decir, los políticos no están dispuestos a perder poder político a cambio de mayores ingresos. Sus ingresos de largo plazo están asegurados manteniéndose dentro de la clase política.

De manera también similar a los capitalistas, la teoría de los gobiernos tiene la implicancia de que el comportamiento de los gobiernos es endógeno. Los gobiernos interactúan con el resto de los actores sociales de la sociedad y no están por encima de ellos.

Se supone que esta teoría es, en principio, válida para todo tipo de sociedad capitalista. También es válida, en principio, para gobiernos democráticos y no democráticos. El capitalismo puede funcionar con ambos tipos de sistemas políticos; y si el capitalismo es democrático, puede funcionar con distintos grados de democracia, que van desde las formas representativas hasta las participativas. El mercado y la democracia son las dos instituciones básicas del capitalismo, pero como veremos más adelante, y al igual que el grado de desarrollo de los mercados, el grado de la democracia en el capitalismo —desde la no democracia hasta las formas de democracia participativa— es una variable endógena.

Para llevar esta teoría a la falsación, necesitamos construir un modelo. Introduciremos supuestos auxiliares para tal efecto. Dejaremos de lado el caso de los gobiernos no democráticos. Como contexto en el cual operan los gobiernos, supondremos las tres sociedades capitalistas —épsilon, omega y sigma— de nuestro estudio; sin embargo, por simplicidad, ignoraremos la sociedad omega, que para el proceso político es similar a épsilon, pues es también socialmente homogénea.

El modelo supondrá que los gobiernos democráticos buscan maximizar votos, pues los votos les dan la legitimidad al poder político, sujeto a las restricciones del presupuesto público, de las normas institucionales y de las demandas de los grupos de presión. La distribución del poder entre los grupos sociales para ejercitar sus demandas está determinada por la distribución de los activos económicos y políticos entre los grupos sociales.

Dada las variables exógenas que enfrentan, los gobiernos buscarán alcanzar su mejor posición, la de equilibrio, en cuanto a legitimidad política a través de los votos —y a la popularidad que también es una forma de votación—. Este objetivo tiene varias implicancias empíricas sobre el comportamiento de los gobiernos.

Una primera implicancia empírica es que los gobiernos buscarán utilizar el presupuesto público para comprar votos; es decir, los gobiernos buscarán que los gastos fiscales sean mayormente discrecionales —con los cuales pueden comprar votos—, en lugar de tener que hacer gastos obligatorios para financiar los derechos ya establecidos de los ciudadanos —con los cuales no pueden comprar votos—.

La segunda implicancia es que los gobiernos buscarán utilizar el endeudamiento antes que la recaudación de impuestos para financiar el gasto público; la primera forma de financiamiento no tendrá efecto en las próximas elecciones, pero la segunda tendrá un efecto negativo. La tercera implicancia es que los gobiernos buscarán utilizar la política fiscal de acuerdo al ciclo político; es decir, aumentarán el gasto antes de las elecciones y lo reducirán después de las elecciones. El gasto fiscal seguirá al ciclo político. La cuarta implicancia es que los gobiernos buscarán asignar el gasto fiscal entre sectores y regiones de manera, así maximizarán la rentabilidad política; por ejemplo, el gasto será mayor en las grandes ciudades que en las áreas rurales, en obras que se pueden inaugurar, antes que en innovaciones institucionales.

En general, los gobiernos tendrán un comportamiento miope. Los efectos de corto plazo de la política fiscal tendrán mayor importancia para su objetivo de comprar votos que los de largo plazo.

Estas predicciones empíricas del modelo no han sido objeto de estudio en la literatura internacional. Sobre la existencia del ciclo político en el gasto público, un estudio encontró que, en efecto, en los Estados Unidos el gasto social del gobierno aumenta en periodos previos a elecciones y disminuye después de estas (Rogoff 1990).

Comportamiento frente a la desigualdad

¿Cuál es el comportamiento del gobierno frente a la desigualdad que genera el mercado? Hay que notar que en las tres sociedades capitalistas la desigualdad resulta del funcionamiento del mercado. Esto es claro en el caso de la sociedad épsilon. En omega y sigma, donde existen sectores de subsistencia, el equilibrio general es secuencial, donde el producto y el empleo se determinan primero en el mercado y por residuo en los sectores de subsistencia. Y de manera similar, la desigualdad que emerge del mercado determina la desigualdad en el conjunto de la sociedad.

Considere el caso en el cual la distribución del ingreso que emerge del mercado implica una excesiva desigualdad y genera desorden social. En el objetivo de reducir el desorden social, que le afecta los votos, los gobiernos cuentan con dos instrumentos: la represión y la redistribución. La medida de la represión tiene efectos inmediatos en poner orden en la sociedad, mientras que la redistribución tendrá resultados en periodos largos y no será políticamente rentable en las próximas elecciones. Además, los grupos de presión más importantes son los capitalistas y ellos se opondrán a una redistribución significativa de ingresos. La desigualdad no se modificará.

Esta condición de equilibrio puede parecer contraintuitiva. En un sistema democrático se espera que las decisiones colectivas se tomen por la regla de la mayoría, la cual a su vez implica que el votante del centro es el que dirime. Este es el llamado *principio del votante mediano*. En una sociedad desigual, el votante mediano tendrá un ingreso por debajo del ingreso medio; por lo tanto, el votante dirimente pertenecerá al grupo de los pobres y votará a favor de los pobres. En términos

estadísticos, en una distribución del ingreso que sea normal, en forma de campana, simétrica, donde por cada rico existe un pobre, el valor de la media y la mediana son iguales; por contraste, en una distribución muy desigual, que es asimétrica, donde por cada rico existen muchos pobres, la mediana es menor que la media.

En consecuencia, uno esperaría que en un sistema democrático, el principio del votante mediano lleve naturalmente a los gobiernos a aplicar medidas redistributivas hasta llegar a una desigualdad socialmente aceptada. Si fuese así, la excesiva desigualdad y el consecuente desorden social se autorregularían. Es más probable que este comportamiento ocurra en una democracia participativa. Pero en una democracia representativa, que es la más común en la realidad, los votantes no eligen las políticas públicas, sino son sus representantes los que eligen esas políticas, y lo hacen guiados por sus propios intereses.

En las relaciones entre gobernantes y gobernados existe un problema de agente-principal, donde el principal lo conforman los votantes y el agente es el gobierno. Se denomina *problema de agente-principal* al que aparece cuando el agente tiene incentivos que no son compatibles con los objetivos que persigue el principal. Este es también el caso en el mercado laboral, en las relaciones entre capitalistas y trabajadores.

La motivación de la búsqueda de la maximización de los votos no conduce a los gobiernos a la reducción de la excesiva desigualdad que emerge del funcionamiento del mercado y que genera desorden social. Los gobiernos no tienen ni el poder ni el incentivo para llevar la desigualdad al rango de la tolerancia social. Pero los gobiernos tampoco tienen incentivos para aumentar la desigualdad que emerge del mercado, cualquiera que esta sea, pues implicaría aumentar el grado de desorden social.

Se puede distinguir dos tipos de desigualdad. La desigualdad que emerge del mercado se puede denominar la *distribución primaria*. Las acciones del gobierno para modificarla, así como sus interacciones con los otros actores sociales, darán lugar a una *distribución secundaria*. El modelo teórico propuesto aquí predice que estas dos distribuciones no

serán muy distintas. Los gobiernos no tienen ni el poder ni los incentivos para modificar la distribución primaria. Los grupos de presión con poder son los mismos que concentran la distribución de activos económicos y políticos de la sociedad. Los gobiernos pueden llevar a cabo programas a favor de los más pobres y así comprar votos, pero eso solo conduce a mantener la desigualdad primaria, pues los pobres también pagan impuestos y los ingresos de los ricos pueden también aumentar. El equilibrio distributivo puede no ser socialmente aceptado, lo que podría generar desorden social.

En suma, los gobiernos no buscan reducir la desigualdad que emerge del mercado. Esa no es su motivación. Su motivación es mantenerse en el poder y para ello buscan comprar votos. Cualquier acción del gobierno para reducir la desigualdad será un subproducto de su motivación. A diferencia de los trabajadores y capitalistas, los gobiernos no tienen un umbral de tolerancia a la desigualdad. La situación de equilibrio distributivo implica que la distribución primaria y la secundaria no serán muy distintas. La otra predicción empírica del modelo es que la situación de equilibrio en el comportamiento de los gobiernos puede darse con cualquier grado de desigualdad, incluido el que genera desorden social. La tercera es que los gobiernos le darán mayor prioridad a los programas a favor de los pobres que a cambiar la desigualdad. Estas predicciones se derivan del comportamiento de los gobiernos en su búsqueda de la mejor posición, considerando que las variables exógenas están dadas, y son todas empíricamente refutables.

Cambios en las variables exógenas modificarán la situación de equilibrio y así el comportamiento de los gobiernos. Una de estas variables es la desigualdad en la distribución de los activos económicos y políticos entre los grupos sociales, lo que implica una distribución del poder entre los grupos de presión. Si esta distribución cambiara, el comportamiento de los gobiernos también se modificaría.

En lugar de analizar el efecto de cambios en la distribución de activos en una sociedad dada, podemos ver este efecto en sociedades capitalistas que se diferencian en esa distribución. Consideremos los dos tipos de

sociedades capitalistas abstractas ϵ y σ . En la sociedad ϵ , que es socialmente homogénea, donde la ciudadanía es uniforme, el contrato social incluirá la norma de establecer límites a la pobreza y a la desigualdad. Los trabajadores podrán demandar tal norma, pues la norma establecerá derechos económicos para todos —como, por ejemplo, el derecho al seguro del desempleo—. En el caso de una sociedad σ , que es socialmente heterogénea, donde la ciudadanía está jerarquizada, existirán trabajadores que no tienen poder para establecer el contrato social del tipo que existe en ϵ . Ellos no tienen voz en el proceso político.

Comparado a ϵ , σ será una sociedad con una mayor desigualdad que emerge del mercado y también con menos normas institucionales que pongan limitaciones a la desigualdad. En este contexto el comportamiento de los gobiernos de σ será diferente al de ϵ : una mayor parte del presupuesto público será asignada a gastos discrecionales. La consecuencia es que el grado de desigualdad de equilibrio seguirá siendo mayor en σ . σ mostrará, en suma, un mayor grado de desigualdad y un mayor grado de desorden social comparado a ϵ . Tenemos ahora otra proposición beta que se puede utilizar para refutar el modelo de la teoría de los gobiernos. Esta refutación la presentaremos en un modelo de equilibrio general más adelante. Pero antes necesitamos establecer el efecto del desorden social en el proceso productivo.

DESORDEN SOCIAL Y PRODUCTIVIDAD LABORAL

La cantidad producida por las firmas depende, según el supuesto de la función de producción, de la cantidad de factores de producción que utilicen. Estos factores incluyen los que son propios de la firma —su stock de capital físico y tierra— y los que compran del mercado —mano de obra—. Introduciremos ahora un nuevo supuesto: los bienes públicos juegan un papel importante en el proceso productivo, a mayor cantidad de bienes públicos, mayor será el nivel del producto. Entre los factores productivos también se encuentran los bienes públicos.

Podemos distinguir tres tipos de bienes públicos que ingresan al proceso productivo de las firmas: capital de infraestructura (como las carreteras), orden social y capital humano. Ya dijimos que el orden social es un bien público. Puede parecer extraño que el capital humano sea un bien público cuando las firmas compran sus servicios en el mercado. Pero el capital humano es un bien público en el sentido que es producido colectivamente, vía la educación pública —financiada con impuestos—.

El supuesto de que a mayores cantidades de bienes públicos le corresponderá un mayor nivel de productividad promedio del trabajo —producto por trabajador— es clara con respecto a la infraestructura y al capital humano. La mayor cantidad de capital de infraestructura reduce los costos de producción de las firmas. Trabajadores con mayor capital humano utilizarán las máquinas con mayor eficiencia y aumentarán la productividad laboral.

El orden social como un factor de producción necesita mayor explicación. Dada las cantidades de capital y mano de obra de las firmas, la cantidad agregada producida dependerá del grado de orden social. Cuanto mayor el grado de desorden social, mayores serán las pérdidas de la producción de las firmas debido a las interrupciones en el proceso productivo —como huelgas—, así como por las redistribuciones privadas que harán los individuos que no toleran la desigualdad. Las firmas se verán sometidas a una especie de pago de impuestos, pero no al Estado, sino a personas privadas. Dada la cantidad de capital y trabajo utilizados, el producto total de la firma disminuirá; más importante aun, las ganancias disminuirán como resultado de la redistribución privada.

¿Cuál será la respuesta de las firmas? Como las firmas buscan maximizar la ganancia, tomarán acciones para reducir las pérdidas. Incorporarán al proceso productivo más bienes de capital y más trabajadores, así como también comprarán mayores cantidades de seguros, para proteger tanto la propiedad privada de la firma como el flujo de su producción. Estas acciones implican aumentar los costos fijos y por lo tanto los costos totales. Así, las firmas incurrirán en una magnitud de

sobrecostos que, sin embargo, tendrán el efecto de reducir las pérdidas netas que ocasiona la excesiva desigualdad. Y será entonces rentable incurrir en esos sobrecostos, pues la ganancia será mayor que si la firma no reaccionara.

La consecuencia de este comportamiento de las firmas es que utilizarán más capital y trabajo del que requieren por razones tecnológicas. La misma cantidad de producto será ahora producido con una mayor cantidad de capital y trabajo, innecesario desde el punto de vista de la tecnología. El producto por trabajador disminuirá.

En el agregado, este comportamiento individual de las firmas llevará a que el mismo ingreso nacional será producido con una mayor cantidad de capital y trabajo de la que es tecnológicamente necesaria. El producto por trabajador en el agregado se caerá. La economía pierde en eficiencia económica. La causa está en la excesiva desigualdad que generan los sobrecostos a las firmas. La excesiva desigualdad crea, a través del desorden social, un costo adicional al proceso productivo. Las sociedades más desiguales tenderán a tener un sistema productivo menos eficiente comparado al de las sociedades menos desiguales. El costo económico de la desigualdad en la sociedad es la pérdida de eficiencia del sistema productivo.

EQUILIBRIO GENERAL CON DESORDEN SOCIAL

En las teorías estudiadas en el capítulo anterior los modelos estáticos mostraban equilibrio general con orden social. En esos modelos se hizo el supuesto, aunque solo de manera implícita, que la desigualdad resultante del proceso económico era socialmente tolerada. Se suponía allí que los individuos que no toleraban esta desigualdad eran relativamente pocos, de modo que el desorden social era pequeño y se podía ignorar. Los precios y cantidades de equilibrio, el nivel de ingreso nacional y su distribución se repetían período tras período en tanto los valores de las variables exógenas se mantuvieran constantes.

Volvemos ahora a la pregunta inicial, ¿podría existir equilibrio general con desorden social? Consideremos el caso en que la distribución del ingreso nacional que resulta del proceso económico es tan desigual que genera un grado de desorden social. Los pobres intentarán restaurar la desigualdad hacia un grado más tolerable —ante el fracaso del gobierno de hacer una redistribución legal— y tomarán acciones para la redistribución privada —ilegal— del ingreso o de los activos. Estas reacciones implican violar algunas reglas del juego, como el respecto a los derechos de propiedad. Así se genera el desorden social.

La redistribución privada implicará transferencias netas de los ricos hacia los pobres en un monto global, será una transferencia forzosa y en un monto dado. Una especie de «impuesto» a los ricos, pero de carácter privado e ilegal. Este es un lado de la reacción a la excesiva desigualdad de un grupo de actores sociales y un componente de la posible solución de equilibrio general.

Pero las firmas también reaccionarán. Como se mostró anteriormente, las firmas buscarán la protección de sus propiedades utilizando más recursos de capital físico y trabajo del que es tecnológicamente necesario. Estas reacciones implican mayores costos fijos. En sus hogares, los ricos tomarán similares medidas. La industria de la seguridad se expandiría. Este es otro componente de la posible solución de equilibrio general.

Las reacciones del gobierno, que actúa guiado por su motivación de la maximización de votos y sujeto a la presión de los capitalistas, no reducirá la desigualdad primaria. Como se mostró arriba, la distribución primaria y secundaria no serán muy distintas. Los incentivos de los gobiernos van en la dirección de favorecer la represión antes que la redistribución, pues los efectos de la represión son más visibles e inmediatos. Así, el gasto público se reorientará a más gastos en represión —policías, jueces y cárceles— y menos a transferencias de ingresos o de activos que puedan reducir la excesiva desigualdad. Este es el tercer componente de la posible solución de equilibrio general.

Las acciones y reacciones provienen de los tres actores sociales: los trabajadores, los capitalistas y el gobierno. Ellos establecen con su comportamiento tres ecuaciones y deben resolver tres variables endógenas: el monto de la transferencia privada hacia los pobres, el monto de sobre costos y el gasto público en represión. Podemos esperar que exista una solución a estas interacciones y que tengamos, entonces, un nuevo equilibrio general.

Hay que señalar que esas acciones y reacciones en el comportamiento de los tres actores sociales no afectarán, sin embargo, ninguna curva de demanda o de oferta en la economía. La razón es simple: los costos en que incurren las firmas son costos fijos, las transferencias privadas que logran los pobres son en montos globales, parecidos a un impuesto a la propiedad o al ingreso, y el gobierno solo reorienta el gasto público.

Por lo tanto, podemos suponer que los precios y cantidades de equilibrio que resultan del funcionamiento del sistema de mercado no se modificarán. Los precios y cantidades del equilibrio general se repetirán periodo tras periodo mientras las variables exógenas se mantengan fijas. ¿Cuál es entonces la diferencia con el caso en que había orden social? El equilibrio general con desorden social será con el mismo nivel del producto, pero producido con un mayor costo. Por lo tanto, el nivel de ganancias de las firmas será menor.

La otra diferencia está en la distribución del ingreso nacional. Denominamos distribución primaria a la que emerge del funcionamiento del mercado y distribución secundaria a la que resulta de las acciones del gobierno para modificar la primaria. También concluimos que en el equilibrio, ambas distribuciones no serían muy distintas, pues el gobierno no tiene poder ni incentivos para modificarla significativamente. Ahora debemos introducir una tercera categoría, la *distribución terciaria*. Esta resulta de la modificación que hacen los individuos a la distribución primaria por medio de la redistribución privada e ilegal.

La desigualdad será menor en la distribución terciaria que en la primaria, aunque la diferencia no será muy significativa. El ingreso de los trabajadores pobres aumentará debido a los ingresos no contractuales

que pueden obtener con la redistribución privada, pero no tanto como el que se necesitaría para reducir la distribución primaria y restaurar el orden social. Hay que notar que el ingreso que los individuos obtienen por medio de la redistribución privada está sujeto a riesgos, por ser precisamente no contractual o ilegal. Esto es debido a las mayores medidas de protección de la propiedad privada que aplican los capitalistas y a las medidas de represión del gobierno.

En el equilibrio general con desorden social, la distribución primaria se repite periodo tras periodo, pero sujeta a golpes redistributivos que sufrirán los ricos de manera aleatoria. Como consecuencia, en la distribución terciaria las ganancias disminuyen pero los ingresos laborales aumentan. En la economía de ϵ , el ingreso laboral aumenta porque el mayor empleo debido a esos golpes reduce el desempleo; en la economía de ω o σ , el ingreso laboral aumenta debido a que el mayor empleo en el sector capitalista reduce el exceso de oferta y por lo tanto aumenta el ingreso promedio en el sector de subsistencia.

Cuando la distribución primaria es socialmente inaceptable, el equilibrio general de la economía será con desorden social. La reacción de los pobres hacia una redistribución privada hace que la economía funcione con golpes redistributivos aleatorios que sufrirán los ricos, represión del gobierno y sobrecostos de las firmas por la protección de la propiedad privada. Los gobiernos deben administrar este desorden social y son, por eso, vulnerables a la falta de legitimidad. La sociedad es políticamente inestable. Todos pierden en calidad de vida porque viven en una sociedad con desorden social, es decir, con violencia, ilegalidad, corrupción, burocracia y desconfianza.

Si por algún mecanismo se consiguiera reducir el excesivo grado de desigualdad que proviene del mercado, el desorden social disminuiría, y todos los actores ganarían. Todos vivirían en una sociedad con orden social, de mejor calidad. ¿Por qué entonces el grado de desigualdad no es el de tolerancia social, es decir, por qué el grado de desigualdad no se autorregula? El modelo muestra que ningún agente tiene el incentivo y el poder para hacerlo. Los trabajadores tienen el incentivo pero no

el poder. Los capitalistas tienen el poder pero no los incentivos, pues el orden social es un bien público y está entonces sujeto al problema olsoniano. El gobierno no tiene suficiente poder y no tiene el incentivo de modificar la distribución primaria. El equilibrio general es con desorden social, pero es, en efecto, una situación de equilibrio.

En el equilibrio general, dada las variables exógenas, las interacciones entre el gobierno, los capitalistas y los trabajadores llevarán a la sociedad a un equilibrio en el grado de desigualdad. El valor de este equilibrio puede estar fuera del rango de la tolerancia social y, por lo tanto, puede estar acompañado de desorden social. «Equilibrio» no implica aceptación de la situación por todos los actores sociales; implica, más bien, que nadie tiene ni el poder ni el incentivo para modificar la situación. El equilibrio distributivo tiene, así, la misma característica del equilibrio con desempleo que ocurre en el mercado laboral. El equilibrio distributivo implica que este valor se repetirá periodo tras periodo, siempre y cuando las variables exógenas se mantengan fijas.

FALSACIÓN DE LA TEORÍA DEL DESORDEN SOCIAL

La predicción empírica, que se derivó de la teoría de la tolerancia limitada a la desigualdad, se refiere a que es que a mayor grado de desigualdad le corresponderá un mayor grado de desorden social. Esta proposición es, en principio, válida para todo tipo de sociedad capitalista.

La primera predicción empírica que proviene de los modelos de equilibrio general tiene que ver con diferencias entre las sociedades capitalistas. El cuarto capítulo mostró que la desigualdad en la distribución de ingresos —desigualdad en los flujos— depende positivamente de la desigualdad en la distribución de los activos —desigualdad en los stocks—. Dado que la desigualdad en la distribución de los activos es mayor en sigma que en épsilon y omega, se puede concluir que la desigualdad en la distribución de ingresos es mayor en sigma que en las otras sociedades.

Por lo tanto, la segunda predicción afirma que las diferencias en las desigualdades en activos económicos y sociales implican diferentes respuestas al desorden social. Así, en ϵ y ω , que son socialmente homogéneas, habrá incentivos para establecer normas que pongan límites a la desigualdad; en σ , en cambio, no existirán incentivos para establecer tales normas por tratarse de una sociedad socialmente heterogénea y jerárquica.

La consecuencia es que la relación entre desigualdad y desorden social dependerá del tipo de sociedad. La relación es positiva, a mayor grado de desigualdad le corresponde un mayor grado de desorden social, pero los niveles serán distintos: una curva debajo de otra, la más alta para σ y la más baja para ϵ , con ω en el medio. Amigo lector: usted puede construir su propio gráfico: mida en el eje horizontal el coeficiente de Gini, que va de cero a uno, y mida en el eje vertical el grado de desorden social, que también va de cero a uno; luego trace tres curvas de pendiente positiva, una debajo de la otra y señale el que corresponda a cada sociedad.

Si las sociedades tuvieran el mismo grado de desigualdad, habría mayor grado de desorden social en σ . La razón es que en ϵ existen mecanismos institucionales para redistribuir el ingreso; en σ , en cambio, no existe tal mecanismo y entonces los trabajadores solo pueden utilizar el desorden social como mecanismo para obtener alguna redistribución del ingreso. La democracia opera de manera distinta entre estas sociedades. El grado de democracia es entonces endógeno y depende de la distribución inicial de activos en la sociedad.

Dado que los grados de desigualdad son diferentes y que los mecanismos de redistribución son también distintos, la sociedad σ operará en el segmento de alto grado de desigualdad y alto grado de desorden social, mientras que la sociedad ϵ operará en el rango de bajo grado de desigualdad y bajo grado de desorden social. La sociedad ω se ubicará al medio. Esta es la segunda predicción del modelo. Amigo lector: seleccione un punto en la parte baja de la curva de ϵ y otra en la parte superior de la curva σ y únalos con otra curva,

la cual debe pasar también por el punto que representa a omega. Esta relación positiva es la predicción de la teoría.

Veamos ahora la refutación empírica. Las dos proposiciones beta establecidas arriba se pueden colocar en términos de las tres sociedades capitalistas bajo estudio. En primer lugar, la desigualdad en sigma es mayor que en epsilon. Si los países del primer mundo se definen como sociedades epsilon y los del tercer mundo como sigma —justificado por los resultados del capítulo anterior—, el grado de desigualdad es, en efecto, mayor en el tercer mundo. Esta predicción es consistente con la séptima regularidad del sistema capitalista. Los países del tercer mundo que se clasifican como omega son pocos y tienen una posición intermedia.

Queda por mostrar empíricamente que estas diferencias en la desigualdad en los flujos de ingresos están asociadas a diferencias en la desigualdad en la distribución de activos económicos y sociales entre el primer y el tercer mundo. En el segundo capítulo se argumentó que este es el caso.

En segundo lugar, la predicción de que, en general, el grado de desorden social de una sociedad será mayor cuanto mayor sea su grado de desigualdad implica que, en particular, el grado de desorden social será mayor en los países del tercer mundo que en los del primer mundo. Desorden social se mide, según el modelo teórico, por el grado de violación a los derechos de propiedad, el grado de inestabilidad política y el grado de democracia.

Los estudios empíricos internacionales sobre la violación de derechos de propiedad tienden a corroborar esta predicción. Un estudio que utiliza una muestra de 45 países —que incluyen el primer y tercer mundo— ha encontrado una relación estadística que indica que los países más desiguales tienen tasas de criminalidad mayores asociados a la propiedad; y en una muestra de 34 países, que los países más desiguales tienen tasas mayores de robos (Fajnzylber, Lederman y Loayza 2002). Otro estudio basado en una muestra de 50 países —del primer y tercer mundo— también encontró una relación estadística que señala

que países con mayores desigualdades tienen tasas de criminalidad mayores (Bourguignon 2000).

Sobre la desigualdad y la ilegalidad en los derechos de propiedad, no existen estudios empíricos específicos; sin embargo, la literatura internacional sí muestra que el tamaño de las actividades ilegales, el llamado «sector informal», en el tercer mundo es muy grande comparado al primer mundo. El sector ilegal produce bienes de consumo ilegal —tráfico de drogas, armas, trabajadores, contrabando de bienes—, pero también produce bienes que son de consumo legal y cuya demanda viene de las masas de bajos ingresos, es decir, como bienes inferiores. La desigualdad está subyacente en la existencia de la ilegalidad y constituye un medio de redistribución privada del ingreso.

Sobre la relación entre desigualdad e inestabilidad política, también existe evidencia empírica consistente con la predicción del modelo. En efecto, un estudio empírico ha encontrado una relación estadística positiva entre estas variables en una muestra de setenta países del primer y tercer mundo con datos del período 1960-1985 (Asesina y Perotti 1996). Y otro estudio encontró una relación estadística negativa entre el grado de democracia y el grado de desigualdad, utilizando datos de una muestra de 55 países del primer y tercer mundo para los años 1960 y 1980 (Muller 1997).

La literatura internacional también muestra la debilidad de las instituciones en el tercer mundo. Las normas no se cumplen, el poder judicial es débil, la corrupción es amplia. Todas estas anomalías del sistema capitalista también se explican por el modelo teórico desarrollado aquí. El desorden social implica debilidad de las instituciones, que se expresan en violencia, ilegalidad, corrupción y burocratismo. La diferencia es que en esa literatura se considera que la debilidad de las instituciones es exógena, es causa de los males que agobian al tercer mundo. En este estudio, en cambio, esa debilidad es endógena. La debilidad de las instituciones no es causa sino consecuencia de los males del tercer mundo, entre los que se incluye la excesiva desigualdad en los activos económicos y políticos que dan lugar a una excesiva desigualdad en los ingresos.

Estos resultados empíricos muestran que, en general, tanto el grado de desigualdad como el grado de desorden social son mayores en el tercer mundo en comparación al primer mundo. Los países del primer mundo han desarrollado sistemas de protección social que pone límites a la desigualdad. Derechos económicos como el seguro al desempleo constituyen un claro ejemplo. En el tercer mundo casi no existen tales derechos y, por lo tanto, el exceso de desigualdad es mucho más probable y conduce al desorden social.

CONCLUSIONES

La introducción de la teoría de la tolerancia limitada a la desigualdad, así como la de la teoría de los gobiernos en el equilibrio general, nos ha permitido construir un modelo de equilibrio general con desorden social. Hemos mostrado que una sociedad con excesiva desigualdad tendrá un equilibrio general, pero será con desorden social. Será una sociedad con más baja calidad de vida y más baja productividad laboral comparada con una sociedad sin excesiva desigualdad.

El funcionamiento del mercado determinará los precios y cantidades de equilibrio, así como la distribución primaria del ingreso. Este será el equilibrio general del mercado. Los precios y cantidades prevalecerán, pero no así la distribución primaria del ingreso. Habrá una redistribución del ingreso, o de los activos, producto de la reacción de la gente al intolerable grado de desigualdad, quienes buscarán entonces redistribuir la distribución primaria por medios privados y forzosos. Pero la redistribución no afectará ni los precios ni las cantidades del equilibrio general inicial. Por lo tanto, ese equilibrio se repetirá periodo tras periodo en tanto las variables exógenas se mantengan fijas, pero sujeto a los golpes redistributivos privados.

Las sociedades pueden entonces funcionar con distintos grados de orden social. Y esto es precisamente lo que observamos en el mundo real. ¿Cómo explica la teoría de desorden social estas diferencias? El

grado de desorden en una sociedad depende de su grado de desigualdad en la distribución de ingreso y de las normas institucionales sobre la redistribución de ingresos. También dice que ambos factores dependen de la desigualdad inicial en la distribución de los activos. Por lo tanto, la teoría predice que las sociedades que tienen una mayor desigualdad en la distribución inicial de los activos económicos y sociales funcionarán con un mayor grado de desorden social.

La sociedad sigma tiene un mayor grado de desigualdad inicial que las otras y como los países del tercer mundo se parecen a esta sociedad —como se mostró en el capítulo anterior—, el modelo predice que este grupo de países funcionará con mayor grado de desigualdad y con mayor grado de desorden social que los del primer mundo, que se parecen a la sociedad epsilon. La evidencia empírica existente no refuta estas predicciones del modelo de la teoría del desorden social. Por lo tanto, no hay razón alguna para rechazar esta teoría en esta etapa de nuestra investigación.

Así se puede explicar el por qué de las diferencias que observamos en el funcionamiento de las sociedades del primer y tercer mundo. La desigualdad inicial no puede ser vista como una cuestión ética solamente; también juega un papel central en la provisión de un bien público: el orden social, que es un determinante de la calidad de la sociedad en la que uno vive.

¿Tendrá la desigualdad inicial también un efecto sobre el desarrollo económico de la sociedad capitalista? En particular, ¿cuál es su papel en la acumulación de capital físico en las sociedades capitalistas? A responder esa pregunta se dedica el siguiente capítulo.